

El ojo de la luna

A mi hijo Augusto, pintor

I

Hay un testigo y narrador irrecusable de algunos hechos que ocurrieron en la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay. Hechos que no registra la historia oficial de los vencedores. Y menos aún la desmemoriada contrahistoria de los vencidos. Uno de ellos es precisamente el extraño caso del pintor desconocido que retrató «al natural» las escenas de la guerra del Paraguay con el atroz remate final de la crucifixión de su jefe y amo absoluto.

Fue la primera guerra internacional que estalló en el Nuevo Mundo a mediados del siglo pasado en sustitución de las sanguinarias cabalgatas y degollinas de antaño. La guerra de cinco años arrasó a sangre y fuego el pequeño país hispano-guaraní, lo sometió a la desmembración de más de la mitad de su territorio, privándolo de su salida al mar y convirtiéndolo para siempre en una isla purpúrea, rodeada de tierra, separada del mundo y replegada sobre sí misma como un caracol desmochado e inmóvil.

Además del oscuro cronista pictórico, hubo un segundo testigo y narrador en prosa de aquella contienda homérica. Un hombre famosísimo en todo el mundo y sin embargo pocas veces mencionado y ya también completamente olvidado como cronista de la guerra del Paraguay. Ese hombre fue Richard Francis Burton, uno de los más célebres traductores del Libro de las Mil y Una Noches. Sir Richard, a la sazón cónsul general del Imperio británico ante la corte del emperador del Brasil, obtuvo autorización para visitar el país en guerra y escribir artículos para los principales periódicos de Europa. El espíritu aventurero del Cónsul disfrutó plenamente de este descenso a los infiernos en el corazón de la selva tropical.

Hacia 1870, terminada la guerra, pero no la destrucción del país bajo las fuerzas de ocupación, sir Richard publicó su libro *Cartas desde los campos de batalla del Paraguay*. En el breve prólogo afirmó que la experiencia vivida en el Paraguay más se había parecido a una pesadilla que «a los hechos usuales que suceden en las guerras y las batallas», escribe sin mucha esperanza de ser creído. Y es verdad que en esas cartas-crónicas flota por momentos, entre una atrocidad y otra, el aire mágico

e irreal del Libro de las Mil y Una Noches que sir Richard supo traducir como ningún otro arabista. Él mismo parecía un personaje escapado de ese libro. Acaso esta vaga reminiscencia de los cuentos conspiró contra la credibilidad de las cartas que carecían de la magia milenaria de aquellos. «La expresión de la realidad es siempre increíble y absurda», dice como precaviéndose en la primera línea del prólogo.

Con lenguaje pintoresco e imaginativo relata en ellas casos y cosas de la vida cotidiana en los campamentos. Desde las anfractuosidades de la serranía siguió con su catalejo los últimos combates de un puñado de pigmeos, barbudos y espectrales, armados de lanzas de tacuaras, contra los superarmados escuadrones de la caballería imperial. Cuando llegó Burton ya no sobrevivían en el Paraguay más que mujeres, ancianos y niños, menos de una cuarta parte de la población que tenía el país antes de la guerra. ¿De dónde sacaba aún Solano López esas tropas liliputienses que se batían con tanto denuedo y heroísmo? —se pregunta Burton, y demora u omite la respuesta como en un intencionado descuido.

Esos combates se reproducían en todas partes, en medio de los espejismos y torbellinos del desierto, en los laberintos selváticos, en las cavernas de las cordilleras, al borde de los ríos y las cataratas más grandes del mundo. Yo tenía la impresión — escribe el ex capitán de la campaña de Egipto— de que un solo y único puñado de enanos esmirriados era el que aparecía y desaparecía en todos esos lugares a la vez. Aquellos pigmeos no eran hombres adultos —explica Burton en una nota—. No eran más que muchachos púberes que se habían pegado a las caras con el indestructible látex del *mangaisy* (en guaraní en el original) unas hirsutas barbas «fabricadas» con crines y colas de caballo. Muchos de esos niños iban acompañados por sus madres, disfrazadas de la misma guisa.

«Contemplé con horror —escribe Burton— cuando la caballería imperial cargó sobre esos grupos raleados y los aplastó con bárbara saña en medio de salvajes alaridos de triunfo de esos cinco mil *macacos* empenachados» (utiliza el apodo despectivo de *monos* que los paraguayos daban a los brasileños). Cuando terminó el ataque y los escuadrones se retiraron, sir Richard bajó hasta el campo de batalla, recorrió el reguero de esos cuerpos apelmazados en el barro sangriento y arrancó de los rostros destrozados algunas barbas postizas como recuerdo y testimonio de esa acción inverosímil.

Por momentos no se sabe si Richard Francis Burton está relatando en sus cartas lo que vio realmente, o si está traduciendo las visiones de delirio de esa guerra fantasmagórica que dejó en sus cuadros un pintor enajenado. Este pintor de la tragedia existió en la realidad. Burton da su nombre. Cándido López, asistente del generalísimo aliado Bartolomé Mitre. Sir Richard lo vio pintar, sentado entre los muertos, al final de los combates. Pero le fue imposible cambiar con él una sola palabra. «Parecía un sordomudo o un sonámbulo —agrega el traductor de Las Noches— completamente fuera del mundo, o sumido en visiones de trasmundo».

II

Sir Richard llegó al Paraguay casi como un embajador viajero aunque oficioso del Brasil. Traía, incluso, instrucciones reservadas del emperador para persuadir a Solano López de que dimitiera de su poder como jefe de Estado y amo absoluto del Paraguay a fin de que los aliados pudiesen negociar con el sucesor que él designase el cese de la guerra. El emperador comprometía su autoridad en asegurarle todas las garantías de protección a su persona, a su familia y sus bienes, con la sola condición de que abandonara el país.

Sir Richard visitó al mariscal presidente y a la mariscala emperatriz en el errante cuartel general, ya en plena retirada. Conversó mucho con ambos en las largas sobremesas de campamento, a la luz de las cercanas estrellas y en la trepidación de los lejanos combates. El aventurero y mujeriego personaje que era sir Richard deja entrever que desde el primer momento quedó deslumbrado por la mariscala. En notas extraviadas, vuelve una y otra vez, como furtivamente, a la imagen de la mariscala. No oculta la impresión que le producen su belleza y su fuerte personalidad. Describe morosamente como si fuera tocando con los dedos su ceñido traje de amazona color hoja seca, altas botas charoladas de húsar Segundo Imperio, durante el día en los trajines del cuartel general, y su tocado de noche que realzaba su aire majestuoso y a la vez inmaterial.

«No conocí a ninguna mujer —se le oye decir en un susurro en su carta undécima— de hermosura semejante. Alta y esbelta, sus cabellos, del color del cobre recalentado al rojo, estaban peinados en forma de una diadema en torno a su cabeza; el rostro velado por tenue luminosidad. Las formas puras de esa mujer eran su única pureza. Su cuerpo era su única alma. Ningún atuendo podía ocultar su resplandeciente desnudez. Ese cuerpo estaba hecho para el amor, pero su rostro de una sombría ferocidad, cuando se sentía contrariada, era capaz de paralizar el deseo más ardiente. Parecía un ser de otro mundo. Y lo era. Verla por primera vez fue para mí un verdadero *coup de foudre*, repentino y total. Pero también ese rayo había caído en otro mundo de total e imposible acceso. Tengo la cara pegada a un muro. Conozco todo lo de ese muro, hasta su más ínfima partícula. Detrás aparece la imagen irreal de *Ela...* (Este es el sobrenombre afectuoso que le daba el mariscal.)»

A Solano López lo retrata en pocos trazos. Lo ve de baja estatura, abultado abdomen, nariz chata de leopardo, los ojos de cuarzo ribeteados de una orla de sangre, la cara enormemente hinchada por el dolor de muelas. Burton lo veía beber desafortunadamente y el alcohol lo sumía en borracheras embrutecedoras. Salía de ellas para entrar en otra embriaguez aún más brutal: la paranoia siniestra de las conspiraciones.

«Una suerte de delirio fúnebre se había apoderado de su persona entenebreciendo por completo su espíritu y su razón —escribe el cónsul—. El mariscal-presidente mandaba reprimir esos conatos con castigos indescriptibles, fusilamientos y lanceamientos en masa de los supuestos complotados. Sus propios hermanos, el obispo, sus fun-

cionarios más leales, sus oficiales más aguerridos, pagaron con la vida estos accesos de locura que desencadenaban inauditas matanzas. Y entonces los tribunales de sangre redoblaban su actividad bajo la dirección y el celo del cura Maíz, convertido en Torquemada criollo, quien ya había glorificado a Solano como el Cristo paraguayo...». Burton encuentra justificada esta actitud del jefe de los capellanes y presidente de los tribunales de sangre por la tragedia que el pueblo estaba viviendo y por la necesidad que éste tenía de un Mesías carismático.

En su gabinete de trabajo, Solano le explicó, documentos en la mano, que la inicua guerra que estaba devastando el país había sido instigada y financiada por el Imperio británico. En la buena tradición filibustera de la Reina de los Mares —dice Burton que Solano le dijo, hablando por lo alto hacia obvios y eminentes destinatarios—, el imperio trocó la enseña corsaria de Sir Francis Drake y sus congéneres, por la patente de corso de la «independencia protegida» y del «libre cambio», y la ha entregado a las fuerzas de Buenos Aires y del imperio del Brasil. Inglaterra necesita destruir el Paraguay, el único obstáculo en su invasión piratesca. Han encontrado un buen pretexto en el hecho de que el Paraguay enviara su ejército para defender al Uruguay, invadido por el Brasil y acogotado por Buenos Aires.

El cónsul preguntó al mariscal sobre el por qué de esa obcecación inútil contra la evidencia de un destino sellado ya inexorablemente, mientras se consumaba la destrucción de su pueblo. Cuenta que, echando lumbre por los ojos, Solano le respondió: «Lo que llaman destino es una coartada de los débiles y pusilánimes. No conozco otro destino que el forjado por mi voluntad. Mientras yo pise un palmo de esta tierra, mi patria existirá y sus enemigos no prevalecerán contra ella».

El cónsul traduce los insultos que bramó Solano en una verdadera explosión de furia. Parecen copiados de los anatemas del Rey Lear y de Macbeth, en la lengua literaria de Shakespeare. Solano, en realidad, soltó los improperios en guaraní. Burton no los entendió pese a que se jactaba de hablar en treinta y cinco idiomas, incluidos los dialectos, y soñar en diecisiete. «Ese hombre me apostrofaba —escribe el cónsul— en una germanía inextricable.» Cuenta que sonrió ante la desenfundada invectiva. Sabía todo lo que Solano sabía. Sabía cosas que Solano no sabía. Su pasión era estar enterado de las cosas, no tratar de torcer el curso de los hechos ya consumados. Encontró natural que el mariscal paraguayo se batiera como un tigre acorralado por la jauría. Comprendió que palabras como «renuncia», «abdicación», «rendición», no tuvieran ningún sentido para esa fiera acosada. «Ese hombre, ese jefe de coraje y energía sobrehumanos, cuya sola mística era la defensa de su país —anota— estaba fuera de lugar en esa rústica republiqueta sudamericana. Pertenece a la estirpe de los Saladinos y grandes sultanes de los pueblos árabes. El destino había sido injusto con él.»

Solano se había erguido en su silla de estera. A Burton le pareció que había crecido de golpe, sin levantarse de la silla, hasta tocar con su cabeza el techo de la tienda, la barba metálica y azulada de tan negra, estremecida por el acceso de furia. Un